

Horizonte Inspirador

2025 - 2028

¡Macer de nuevo!

**Encuentro de Nicodemo con Jesús:
llamadas a la transformación**





¡Nacer de nuevo!

Encuentro de Nicodemo con Jesús: llamadas a la transformación

Descripción del Icono

En medio de la noche, Nicodemo sale al encuentro de Jesús... se anima a confiarle sus más hondas inquietudes, su incertidumbre, sus preguntas. Lo anterior ya no da respuesta... pero lo nuevo todavía no da seguridad. En la íntima calidez de ese encuentro se revela una clave: nacer del agua y del Espíritu. Nacer de nuevo. Como la semilla en la oscuridad de la tierra, germina en silencio e irrumpe con una nueva luz.

Escenarios tales como el cuidado de la Casa Común, la creación, la humanidad, los contextos urbanos de las grandes ciudades, la circularidad como símbolo de la sinodalidad, urgen a la Vida Religiosa en la actualidad a nacer de nuevo, están representados en este ícono y ratifican las llamadas a transitar mística y proféticamente el claroscuro de nuestros pueblos y atravesar el umbral de una nueva eclesialidad acogiendo la noche y la aurora de la Vida Religiosa.

Autora: Cristina Hereñú (Argentina).



Presentación

En este territorio de América Latina y el Caribe, la Vida Religiosa experimenta la llamada a continuar el camino como peregrinas/os de esperanza. De este modo, en continuidad y avance, el Espíritu nos ha regalado la figura de Nicodemo en su encuentro con Jesús, para que, tomando la antorcha de la esperanza que le entregan las “Mujeres del Alba”, nos apremie, personal y comunitariamente, a “nacer de nuevo”. El icono de Nicodemo (cf. Jn 3,1-12; 7,45-52; 19,38-42), nos insta para que, en medio de las insatisfacciones y noches oscuras, nos movilicemos a recorrer itinerarios de búsqueda de Vida más allá de lo incierto y de tantas ofertas de salvación caducas que huelen a muerte.



Así, desde la conciencia de nuestra situación de itinerantes, reemprendemos este peregrinaje en condición de hermanas y hermanos, teniendo la certeza de que solo se puede nacer de nuevo por la fuerza del Espíritu.

La Divina *Ruah* nos empuja a una esperanza que transforma desde el querer de Dios y nos urge a tener la osada libertad y el valor para salir de nuestros letargos y acomodamientos que nos contienen, para movilizarnos, al modo de Nicodemo, a ese más allá de lo conocido, y dejarnos moldear para nacer de nuevo, desde nuestros carismas, encarnados en el corazón del mundo y como regalos de Dios que enriquecen al cuerpo eclesial.

Porque nacer de nuevo nos supone creer en la posibilidad de renacer desde la condición de fragilidad y minoridad, abrazando la vulnerabilidad y la contradicción, en la confianza de que nuestras vidas están fundadas en una esperanza que “no defrauda” (Rm 5,5).

Porque nacer de nuevo nos desafía a salir al encuentro del otro, sabiéndonos convocadas/os a emprender procesos que sanen los tejidos relacionales, asumiendo el riesgo de ensanchar la tienda del encuentro, para que desde la escucha y el discernimiento común, la participación y la corresponsabilidad en comunión eclesial, avancemos en la sinodalización de la Iglesia toda, haciendo crecer el anhelo y la conciencia de la dignidad común que nos habita como hijas e hijos de Dios.

Porque nacer de nuevo nos convoca al desborde generoso de lo que somos, donándonos creativamente en nuestras comunidades e institutos. Entrelazadas/os con nuestros

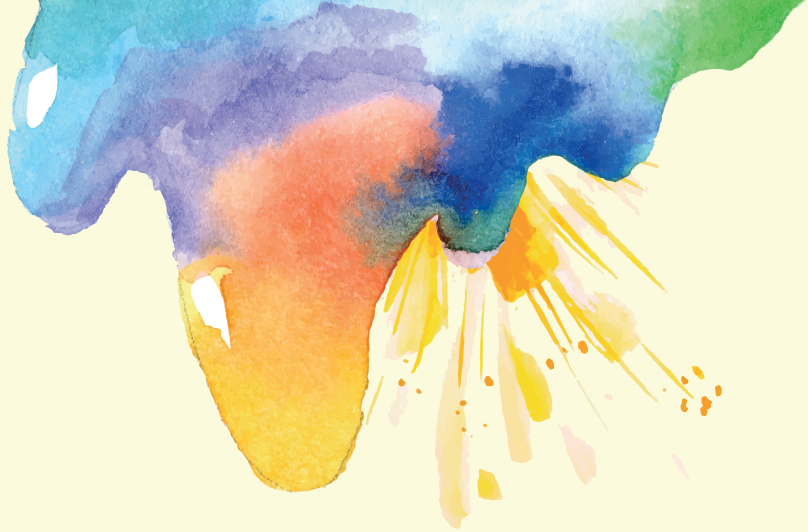


pueblos, territorios y culturas, estamos llamados a asumir los clamores, rupturas e incertidumbres que pueblan este presente inédito, y a ser cuidadores y guardianes de la vida y de la Casa Común desde las periferias existenciales y geográficas. Hemos de ser artesanas/os de espacios de abundante acogida, compasión, cooperación, solidaridad, ternura y empatía; constructoras/es de puentes de cercanía, diálogo, paz y vínculos que nos permitan asumir, desde nuestra vocación profética, estos tiempos recios desde la resistencia esperanzada, la indignación evangélica y la alegría del encuentro.

Porque nacer de nuevo alienta a reemprender caminos para la renovación, la transformación y el cambio. Nos ayuda a superar el miedo a lo que se pueda perder, a desaprender las formas viejas y antievangélicas que nos habitan y abre a la novedad de lo que genera vida, autenticidad, esperanza y alegría. Estos caminos implicarán adentrarnos en procesos personales e institucionales de conversión y renovación actitudinal y estructural, porque lo nuevo no consiste en repetir el pasado, sino en dar cabida a la dinámica del Espíritu que hace “nuevas todas las cosas” (cf. Ap 21,1).

Que, al profundizar y contemplar el ícono de Nicodemo, el Espíritu nos provoque y convoque para gestar lo nuevo, creando espacios para la inquietud, la búsqueda, el encuentro, el compromiso y el desborde de la generosidad en nuestra vida y misión como Vida Religiosa del Continente.





Contexto: Ver - Escuchar

En el claroscuro de nuestros pueblos

América Latina y el Caribe se encuentran atravesando una de las coyunturas más desafiantes de su historia. Somos parte de las periferias globales que resisten con esperanza y solidaridad en medio de estructuras de opresión que se renuevan y fortalecen. La profunda crisis civilizatoria que vivimos no es solo política o económica; es, ante todo, una crisis antropológica y relacional que hiere la dignidad humana, destruye el sentido profundo de la vida y entroniza la tiranía del individualismo. La cultura del descarte y la lógica que lo organiza todo para que “solo se salven los fuertes” avanzan, debilitando el tejido social, desfigurando los valores esenciales de nuestras comunidades y haciendo desaparecer el bien común de cualquier discusión política civilizada.



Vivimos bajo democracias frágiles e inestables, con instituciones desacreditadas y procesos políticos capturados por la partidocracia. Las promesas de participación y justicia son reemplazadas por teatreros de lo político que se alzan en medio del caos, y por “imperios en decadencia” que siguen imponiendo sus intereses con nuevas máscaras que esconden la corrupción hecha sistema operativo. La retórica del miedo y la estrategia de la polarización invaden la vida cotidiana, alimentando guerras visibles e invisibles y agravando la violencia estructural que somete especialmente a las poblaciones más vulnerables.

La expansión de un sistema capitalista extractivista continúa desangrando nuestros territorios y sigue reinventándose en formas impensadas, por ejemplo, a través de la Inteligencia Artificial (IA) en la que todos nos convertimos, sin saberlo, en perfiles de consumo, profundizando la inequidad social que hoy es verdaderamente escandalosa.

Nos enfrentamos al avance brutal del crimen organizado, al crecimiento de economías criminales que excluyen, degradan y destruyen la vida, al aumento alarmante de feminicidios y desapariciones, y a la normalización de la violencia sistémica que atraviesa nuestras ciudades y comunidades. Mientras tanto, la criminalización de las personas migrantes sigue deshumanizando a quienes huyen de estas realidades, cerrando fronteras y levantando muros de indiferencia. El tráfico de drogas y de armas y la trata de personas se han expandido a lo largo y ancho del Continente, generando una cultura dramáticamente violenta e insegura que ofrece a las/os jóvenes falsas promesas de prosperidad.



La crisis climática golpea con más fuerza a los pobres y se convierte en un factor multiplicador de injusticias.

Sin embargo, en medio de esta complejidad y de múltiples crisis interconectadas, brotan con fuerza signos de vida que nos impiden caer en la desesperanza. En las grietas del sistema emergen movimientos sociales que nacen desde las comunidades: economías circulares y solidarias, alternativas de vida que desafían las lógicas dominantes. La resistencia se vuelve propuesta: son mujeres, jóvenes, pueblos originarios y afrodescendientes, comunidades migrantes quienes, desde sus márgenes, abren caminos nuevos y sostienen la esperanza colectiva. Instituciones, redes y personas comprometidas siguen apostando por la vida, construyendo espacios de dignidad y generando alternativas frente a las estructuras de muerte. La espiritualidad de los pueblos se vive como una urdimbre de múltiples significados, donde cada hilo une la memoria con el presente de la comunidad. Es una dimensión polisémica que, con la creatividad de quien siembra y espera la cosecha, entrelaza lo político y lo espiritual como partes inseparables de la vida. Así, integra procesos sociopolíticos y culturales, articulando prácticas, gestos, contextos y espacios que resguardan la integralidad del buen vivir, reconociendo que el cuidado de la tierra, la defensa del territorio y la preservación de la cultura son también actos de fe. Esta espiritualidad desborda las fronteras del discurso y se abre a la experiencia directa y profunda, a la dimensión mística que no se encierra en instituciones ni estructuras, sino que fluye libre, como el canto del ave al amanecer o el murmullo de las raíces bajo la tierra. En ella, lo sagrado no es algo distante, sino la trama



viva de lo cotidiano, donde cada acción, por pequeña que parezca, es un acto de honrar, cuidar y agradecer la vida.

La Vida Religiosa en América Latina y el Caribe no puede permanecer indiferente. Hoy más que nunca estamos llamadas/os a leer esta realidad desde la fe, a reinterpretar nuestras presencias y acciones carismáticas, a comprender sus raíces profundas desde la mirada del Evangelio y a responder con audacia, creatividad y pasión. No es tiempo de miedo ni de indiferencia; no es tiempo de repliegue ni de huida. Es tiempo de asumir nuestra responsabilidad histórica, de ponernos en camino, de salir al encuentro, de abrazar las causas justas, de construir puentes de paz y de sembrar esperanza donde parece no haber futuro. ¡Que nuestra vida sea signo profético, testimonio y fermento del Reino en este tiempo! ¡Es la hora de responder con todo el corazón, atreviéndonos a nacer de nuevo personal e institucionalmente!

En el umbral de una nueva eclesialidad

La Iglesia de América Latina y el Caribe se sitúa en una realidad global que está atravesando un tiempo de transiciones, en el marco de un cambio epocal que afecta no solo a la sociedad, sino también a la misma configuración y misión eclesial. Este contexto interpela a la Iglesia a salir de sus esquemas tradicionales y abrazar un modelo renovado de *pastoralidad*, que recupere su vocación samaritana y se configure como una Iglesia en salida, misionera, compasiva y sinodal.



La persistencia de modelos institucionales preconciiliares sigue siendo un obstáculo para responder a los nuevos signos de los tiempos. Esto contribuye a que no logremos superar el clericalismo, la centralización y un ejercicio autoritario del poder. Frente a esto, sigue existiendo una resistencia a cambiar, lo que genera tensiones internas que se manifiestan en crisis de credibilidad, abusos de poder y dificultades para emprender una reforma auténtica, alineada con el Concilio Vaticano II.

Estamos en medio de un proceso, global y eclesial, en el que se está definiendo una nueva época. Por eso, la cultura eclesial no puede continuar replicando formas pasadas; requiere procesos de recreación y apertura a la conversión sinodal de modelos institucionales. El desafío es alcanzar la *sinodalización* de toda la Iglesia, no como simple *aggiornamento*, sino como nueva creación, capaz de responder a los tiempos actuales por el bien de su misión evangelizadora.

La sinodalidad constituye hoy el horizonte de transformación eclesial más adecuado para la renovación del ejercicio de la autoridad y la reforma de las estructuras. Así lo ha mostrado la rica experiencia a lo largo del camino sinodal emprendido en el 2021. El papa Francisco subrayó que este es “el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio”.

La sinodalidad, por tanto, no es solo un método, sino una forma de ser y de hacer Iglesia, un modo de proceder que implica escuchar, discernir y caminar juntas/os con la finalidad de tomar decisiones compartidas con relación a la vida y la misión de la Iglesia. Este cambio exige revisar



prácticas, estructuras, formas de ejercicio del poder y de toma de decisiones. Supone también un nuevo modo de entender la autoridad, más cercano al Evangelio, que propicie comunidades inclusivas, corresponsables y participativas. Es un cambio que nos invita a pensar en nuevos modos relacionales, dinámicas comunicativas y estructuras para una Iglesia en la que la sinodalidad es su dimensión constitutiva.

El camino sinodal ha generado una nueva conciencia eclesial que reconoce la necesidad de reformas profundas. *Aparecida* las llamó: espirituales, pastorales e institucionales. Sin embargo, su implementación debe sortear resistencias, indiferencias o estructuras que aún se inspiran en formas tridentinas. Existen tensiones entre quienes desean preservar estructuras caducas y quienes promueven reformas más audaces. Esto se refleja en la dificultad para asumir con convicción el llamado a la sinodalidad y en la persistencia de visiones eclesiales ancladas en la autodefensa institucional. A su vez, el proceso sinodal ha puesto al descubierto heridas abiertas: la falta de reconocimiento pleno del papel de la mujer, la débil participación del laicado en la gobernanza y la ministerialidad, y la ausencia de respuestas decididas ante los abusos.

Se necesita una nueva cultura eclesial sinodal en la que las nuevas generaciones se puedan formar, equilibrando la memoria del Concilio Vaticano II con el futuro sinodal de la Iglesia, dentro de una tradición viva, animada por el Espíritu. Solo será posible “nacer de nuevo” si se acepta el reto de dejarse transformar por el Espíritu para comenzar a construir, con audacia, una Vida Religiosa sinodal.



La Vida Religiosa entre la noche y la aurora

Nicodemo va donde Jesús de noche. A lo mejor también nos hace bien hoy, contemplar nuestras propias noches y ponerles nombre: la de nuestro miedo al futuro, la de tantos abusos que desvirtúan nuestra identidad y le restan coherencia a nuestro compromiso, la de nuestra esterilidad apostólica y las disculpas que nos inventamos para permanecer en espacios de frontera. Nuestra noche, esa en la que Dios puede revelarse, conducirnos a lo esencial y hacernos fecundos en la experiencia de la vida nueva. Para la Vida Religiosa la noche no es una metáfora, es la experiencia en la que se acrisola lo verdaderamente evangélico.

¿Desde qué experiencia vital nos preguntamos hoy, si es posible nacer de nuevo?

Desde la experiencia de la disminución numérica: Los indicadores son implacables y evidencian lo que constatamos en nuestras parcelas cotidianas: somos menos. El florecer vocacional de décadas pasadas, por lo menos en Europa y en América, ha alcanzado su nivel de declive. Muchas de nuestras casas de enfermería tienen lleno completo, mientras nos vemos abocadas/os a cerrar comunidades y obras. Somos menos, es vertiginoso el ritmo de la disminución, abrazamos nuestra pequeñez, nos ubicamos en lógica de minoridad y ante ese hecho, con los ojos fijos en Jesús, estamos convidadas/os a recrearnos de manera nueva, relativizando los números y reorganizando formas y estructuras en favor de la misión. También en la lógica de la Encarnación y desde lo pequeño y cotidiano de Nazaret, es posible la pasión radical por el Reino. Este es un



tiempo para hacernos eco del más exigente llamado evangélico: “De dos en dos”.

Desde una trinchera de acomodación: La herencia recibida nos otorga en muchos casos nombre, tradición, prestigio y obras, muchas obras. El afán de cuidar de ellas nos ubica en el cómodo estatus de herederas/os, que se desviven por mantener, conservar y preservar. Ello, claramente, nos limita para el riesgo. Hemos perdido, en algunos casos, la vitalidad de las pioneras/os que, tierra adentro, se lanzaban en busca del “Tesoro” (Mt 13,44). Nos hemos vuelto más bien, guardianes de antigüedades, añoranzas y recuerdos. Nos acomodamos tras la seguridad que dan las Instituciones y le cortamos alas al Espíritu que siempre quiere llevarnos más allá. Vemos menguado el coraje misionero y levantamos fortalezas afectivas, tecnológicas, logísticas e incluso gastronómicas que nos protegen de todo riesgo.

Desde un temor al futuro, que blindamos nuestro presente de seguridades: Un cierto temor a lo insospechado, parece permear a la Vida Religiosa. La osadía que caracterizó el origen de nuestro nacimiento hace parte de la crónica de honor que de generación en generación nos transmitimos, pero que en nada o poco inspira y moviliza nuestra toma de decisiones en el presente.

La institucionalidad abriga y cubre de seguridad nuestro hoy. Nos limita para el riesgo y nos dispone a ser guardianas/es de tradiciones, patrimonios y modos de proceder. Lo institucional es válido si favorece la vida, encauza la misión, potencia el intercambio, visibiliza el carisma. Pero, corremos el riesgo de esterilizarnos en torno a los muros, los protocolos y los procedimientos que



empapelan nuestras Instituciones y limitan la fuerza regeneradora del carisma, el cual tiene potencial para conducirnos siempre más allá.

Estamos ante el desafío de renovar las instituciones, los estilos, las costumbres que aprisionan la vida y el carisma; esas que nos impiden escuchar con nitidez el clamor de los pobres, el grito de la tierra, la voz de Dios en lo más complejo de la historia. Tal vez por eso, abundan hoy en nuestro Continente, los procesos de reconfiguración y resignificación. Estamos apremiadas/os a recrear y permitir que, en fidelidad al Espíritu, entre aire fresco hasta nuestras anquilosadas estructuras.

Desde un afán por replegarnos autorreferencialmente: Se constata una cierta involución en las opciones. En la década del '70 y motivadas/os por el Concilio Vaticano II, la Iglesia se movilizó, conscientes de que la opción por Jesús es opción por los pobres y que era necesario privilegiar la frontera, lo rural, lo periférico. Hoy en cambio, hay un retorno a los lugares del confort. Parece que hemos olvidado la inspiración teológica y antropológica que nos puso en salida. Tal vez, nos haría bien recordar, que la periferia es el centro. Somos pocas/os, pero seguimos siendo tantos, lo que ocurre es que nos hemos congregado, seguramente por causas “justificadas”, en las capitales, en torno a lo urbano, dejando relegadas las periferias, las fronteras y lo rural.

Desde una corriente que tiende a homogeneizar, como si la opción por seguir a Jesús en la Vida Religiosa exigiera negar lo más auténtico de cada persona, opacar la identidad, limitar la libertad. Homogeneizar como un modo de blindar e impedir que lo otro, lo radicalmente otro, lo diferente, llegue



con su riqueza y se siente a nuestra mesa, para entablar el diálogo. Frases aprendidas, respuestas enquistadas en tradiciones heredadas, modos obsoletos. Límites a la posibilidad de pensar, disentir o recrear con nuevos estilos los espacios y los procesos. Pretender que todo esté uniformado, es sin duda alguna, poner un bloqueo a la acción de Dios, que se empeña en expresarse con dones y carismas distintos en cada persona. El mejor reconocimiento a su obra creadora es posibilitar que cada una/o sea quien es y que, con su don, llegue para enriquecer el cuerpo de la Iglesia y de cada Instituto.

No podemos negar la realidad, es un hecho que desde esa orilla nos hacemos la pregunta por la vida nueva. Y lo hacemos animadas/os por tantas y tantos que con su testimonio cotidiano nos evidencian que la Vida Religiosa es mística, misión y profecía y que esos tres relatos fundamentales de nuestra vocación se reescriben a diario por los caminos de nuestro Continente en una Vida Religiosa que se ofrece y con alegría da la vida.

Hoy más que nunca, la Vida Religiosa que peregrina en América Latina y el Caribe, cree en los itinerarios pascuales y se aferra a la vida como la opción; la única que creemos posible, justo en tiempos de minoridad. Y no es un falso triunfalismo y mucho menos un exceso de ingenuidad. Es la experiencia de que la muerte no es lo definitivo y que las trincheras en las que se acorralan las y los escépticos, los pesimistas y los pregoneros de lamentaciones, no hacen parte de la ruta que deseamos transitar. Lo nuestro, lo propio de la Vida Religiosa, es el estallido de la Resurrección y no por una sobredosis de optimismo, sino porque nos habita la fuerza de la vida, la certeza de la Pascua.



Que como Vida Religiosa que peregrina en estos tiempos de transición y camino sinodal, al igual que Nicodemo acudamos al encuentro de Jesús, para que al ritmo del Espíritu se desplieguen las insistencias fundamentales que nos ofrece un horizonte renovado que nos llama a:

Nacer de nuevo desde la noche y la fragilidad. Reconocer nuestras propias noches (disminución vocacional, miedo al futuro, esterilidad apostólica...), pues desde la fragilidad y la vulnerabilidad el Espíritu engendra nueva vida, abriendo paso a la experiencia pascual.

Dejarse movilizar por la *Ruah* en clave de esperanza activa. El Espíritu es quien empuja, alienta, provoca y transforma. Esta fuerza impulsa a la Vida Religiosa a romper con sus letargos, salir de la inercia institucional, reencontrar su dinamismo misionero y profético, gestando los procesos de cambio personal, comunitario y estructural.

Asumir la circularidad y la sinodalidad como estilo de ser y actuar. Nacemos y crecemos en una forma de ser Iglesia donde nadie queda fuera, pues ensancharemos la tienda (cf. Is 54,2), sanaremos vínculos, reconstruimos tejidos comunitarios y caminamos juntas/os en discernimiento, corresponsabilidad y comunión. Acogemos la diversidad de dones carismas y ministerios reconociendo en este rostro socioeclesial pluriverso y poliédrico, la riqueza que nos transforma y nos hace plenos como pueblo de Dios.

Custodiar la Casa Común y defender la vida en todas sus formas. En medio de una crisis climática y civilizatoria, la Vida Religiosa está llamada a ser cuidadora de la creación, guardiana de la Casa Común, profetizando en contra del



extractivismo, la violencia estructural y la cultura del descarte.

Insertarse creativamente en contextos urbanos y territorios heridos. La realidad de las grandes ciudades, marcada por violencia, desigualdad y economías criminales, es un territorio de misión. La Vida Religiosa debe releer su presencia desde una mística urbana, que no se repliegue al confort institucional, sino que abraza las periferias y se deje tocar por los clamores de los pueblos.

Superar estructuras obsoletas y abrirse a la novedad del Espíritu. Nacer de nuevo exige desaprender las formas viejas, autorreferenciales y defensivas. Nos urge la conversión institucional que desmonte prácticas clericalistas, homogeneizadoras y de control, y acoja la diversidad, la creatividad y la participación como signos del Reino.

Reencantar la Vida Religiosa como mística, misión y profecía. Vivir desde una esperanza pascual, en clave de testimonio gozoso, generosidad desbordante y alegría del Evangelio, ante el pesimismo, el desencanto o la mera administración, pues la Vida Religiosa tiene futuro si vuelve a sus raíces: la pasión por Jesús, la entrega por los pobres, la comunión con los territorios y las culturas.

Por todo lo anterior, en este trienio apostamos por el encuentro con Jesús, que nos exige:



¡Nacer de nuevo!



Marco Bíblico - Teológico:

juzgar - discernir - sentipensar

Jesús ilumina la noche de Nicodemo (Jn 3,1-21)



Este texto se puede considerar dentro del apartado Prólogo-Samaria (Jn 1-4). Nicodemo aparece en el Evangelio de Juan tras la purificación del Templo y la presentación de Juan Bautista. Su proceso es como una de esas curvas de crecimiento que van lanzadas en progresión creciente. Su relación con Jesús nos plantea un camino de seguimiento en un contexto de suma dificultad que implica una transformación de fondo. Es con la fuerza del Espíritu con que se llegan a edificar nuevas relaciones y a generar espacios verdaderamente humanos y de fe en el Dios de Jesús de Nazaret.

Nicodemo aparece tres veces en el Evangelio en un itinerario de búsqueda y encuentro con el Maestro Jesús.

- **Juan 3,1-21** – El encuentro nocturno con Jesús, donde se habla del nuevo nacimiento desde el Espíritu.
- **Juan 7,50-52** – Nicodemo defiende a Jesús ante el Sanedrín, cuestionando la justicia del juicio que se le quiere imponer.
- **Juan 19,39** – Nicodemo ayuda a José de Arimatea a sepultar a Jesús, llevando una gran cantidad de especias aromáticas.

Nicodemo es un buscador honesto, pero insatisfecho con las respuestas que hasta entonces había encontrado. Es una persona recta y es, así mismo, un miembro destacado del fariseísmo, de los doctores de la ley, que se oponen a la predicación de Jesús. Nicodemo va a su encuentro de noche, lo aborda sin dilaciones, con una afirmación que revela la necesidad de claridad: “Maestro, sabemos que tú has venido de parte de Dios para enseñar, porque nadie puede realizar



los signos que tú haces, si Dios no está con él” (3,2). Nicodemo quiere saber con claridad si las obras de Jesús lo revelan como un maestro venido de parte de Dios. Esto requiere un diálogo profundo ya que previamente a ese encuentro, Jesús había manifestado que no se confiaba de esos muchos que creyeron en su nombre viendo los milagros que hacía, porque bien los conocía (Jn 2,23-24).

Así, pues, el diálogo con Jesús le permite iniciar un camino hacia la precisión. Al autor del relato le gusta entrar en el juego de los equívocos, las ironías y el doble nivel de significado. Y ese juego lo desarrolla magistralmente en el relato del c. 3. Jesús emplea términos biológicos con significados trascendentes; Nicodemo los interpreta en el primer sentido, pero Jesús los está usando en el segundo. *“El que no nace de lo alto no puede ver el Reino de Dios...”* *“¿Cómo es posible volver a nacer del vientre de la madre?”* Jesús lo invita a una transformación que sólo es posible si el creyente está abierto a la fuerza transformadora del Espíritu. Las convicciones, búsquedas y proyectos humanos son necesarios, pero no definitivos para responder a las preguntas que queman en el corazón.

Nacer de la carne es un hecho biológico, pero insuficiente. Es indispensable *nacer de lo alto*, es decir, *del Espíritu* para ver el Reino de Dios.

La fuente de los ritos, leyes y dogmas que, ayer brindaron vida, se ha agotado. El Espíritu es el Agua que satisface la sed de quienes con honestidad de corazón buscan la verdad. Sin duda, del odre de la tradición, tan conocida por Nicodemo, se sacó en el pasado vino de muy buena calidad, pero ahora el



Señor nos invita a abrirnos al *Kairós* del Espíritu, que dinamiza la historia y hace nuevas todas las cosas.

“¿Cómo es posible todo esto?” (3,9). No es extraño que Nicodemo no alcance a comprender la invitación de Jesús. Algunos de sus compañeros fariseos criticaban a Jesús por sus obras y sus palabras, pero él manifiesta un interés genuino en él, a pesar de la importancia trascendental que le concedía a la Ley, ahora letra muerta reducida a preceptos y prohibiciones, que impedían el soplo vital del Dios creador y liberador. Para Jesús esto resulta irónico, por eso le pregunta: *“¿Tú, que eres maestro en Israel, no entiendes las cosas del Espíritu?”* (3,10). Estamos ante la búsqueda de la verdad de un fariseo honesto que pone en duda la soberbia religiosa a la que conduce el cumplimiento ciego de la ley.

Pese a las dudas que lo habitan, tiene un espíritu de apertura al diálogo, a la escucha de nuevas formas de pensamiento y de interpretación de las Escrituras. ¡Qué mensaje para tantos grupos incapaces de cuestionar sus convicciones, aferrados a las medianías inamovibles de sus trincheras! Nicodemo nos enseña que para poder ver el Reino es necesaria la apertura, el diálogo, la capacidad para descubrir la acción de Dios en toda persona y acontecimiento.

Nacer de lo alto implica, necesariamente, asumir nuestra dignidad bautismal. Se nace de lo alto si se nace del Espíritu, es decir, si dejamos que su soplo nos sacuda y nos transforme, cambie nuestra “forma mentis”. En relación con esto, el proceso sinodal es una invitación a permitir que el Espíritu, que fue dado a la humanidad por Jesús desde la misma tarde del día de la Resurrección (Jn 20,22), renueve



nuestras relaciones, mentalidades y estructuras de modo que se genere una nueva eclesialidad con base en esa igual dignidad bautismal. Nos exige revisar nuestras formas de vivir y obrar, nos llama a la conversión de los estilos de vida, a la formación en prácticas de discernimiento, a la comunicación fraterno-sororal y a la revisión de nuestras formas de participación y ejercicio del liderazgo.

No sabemos la respuesta última de Nicodemo ante la invitación a esa radical conversión. Irá apareciendo muy discretamente en el relato evangélico. En 7,50-52, la vamos intuyendo en el contexto de una de las fiestas más importantes del judaísmo, la Fiesta de las Tiendas, cuando ya se ha agravado la hostilidad hacia Jesús. Entonces se presenta el desafío, ¿cómo testimoniar la esperanza que encarna el Rabino de Nazaret en un contexto de hostilidad hacia su mensaje?

En su proceso de conversión, Nicodemo va tomando partido por Jesús, por eso se opone abiertamente a la decisión de matarlo (7,25) y confronta a quienes quieren condenarlo con lo más auténtico de la tradición religiosa: *“¿Acaso nuestra Ley permite juzgar a un hombre sin escucharlo antes para saber lo que hizo?”* (7,51). Queda claro que, después de su encuentro con Jesús, había continuado su búsqueda espiritual. Sin embargo, no tiene aún argumentos para dar razón de su esperanza (1Pe 3,15), pues cuando lo contraatacan: *“¿Tú también eres galileo? Examina las Escrituras y verás que de Galilea no surge ningún profeta”*, no sabe qué responder. Se pone en evidencia el modo de proceder típico de esos grupos de poder: primero dictan la sentencia condenatoria y después realizan el proceso.



Nicodemo aún no está totalmente decidido por Jesús, pero su iniciativa ya generó sospechas entre los suyos.

Al final del Evangelio, el autor del texto presenta el fruto del proceso de conversión de Nicodemo justo al momento de la sepultura de Jesús. La cruz es el criterio definitivo para la fe cristiana y lo que define el auténtico discipulado. Los sinópticos testimonian que, al momento de la muerte de Jesús, la mayoría de los discípulos que habían sido llamados por Jesús, instruidos por él y enviados a predicar, huyeron y lo dejaron solo. Para Juan, ese es el momento en el que aparecen quienes no lo abandonaron: “Estaban junto a la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena... y el discípulo a quien amaba...” (Jn 19, 25-26).

Es en el contexto de la sepultura, cuando José de Arimatea, discípulo en secreto, pide el cuerpo de Jesús, que llega Nicodemo con una cantidad inaudita de mirra y áloe para ungir el cuerpo del Señor (19,38-42). Este excesivo gesto refleja el amor desmesurado que ha alcanzado Nicodemo como fruto de una progresiva conversión. Es una profesión de fe elocuente, aunque silenciosa; la historia no puede terminar de cualquier manera y en una tumba, hay que nacer de lo alto, del Agua y del Espíritu para ver el Reino de Dios.

La Vida Religiosa tiene tras de sí una venerable tradición que ha sido generosa en frutos de santidad y en obras apostólicas que abrieron el camino de la salud, de la educación y del desarrollo para nuestros pueblos empobrecidos. Hasta personas no creyentes reconocen que algunas de nuestras formas comunitarias y apostólicas han



sido significativas para la sociedad. Sin embargo, algunas de nuestras instituciones han dejado de ser valoradas; el desarrollo de sociedades tecnocráticas impone revisiones y reformulaciones. Hemos vivido procesos de reestructuración que han intentado actualizar nuestras respuestas pastorales y administrativas, más en sociedades en continua innovación, resultan insuficientes.

Como a Nicodemo, se nos invita a nacer de lo Alto, del Agua y del Espíritu, para ver el Reino de Dios. Es tiempo de un nuevo nacimiento, de revisar las convicciones que nos aseguraron un significado y un aporte representativo en el pasado y que ya no lo es en el presente. Hacernos cómplices del Espíritu nos lanza al camino de lo imprevisible, porque la *Ruah* Divina se encarga de romper las estructuras de la tradición y renovarlo todo.

Entrar en diálogo con Jesús nos permitirá imaginar y participar en la creación de un futuro nuevo. Imaginar y actualizar modelos que promuevan efectivamente el respeto a la dignidad que nos otorga el ser hijas e hijos de Dios, es la tarea. El don de la filiación encarnada en la soro-fraternidad será el signo por excelencia que permita vislumbrar la manifestación del Reino en ésta nuestra historia.



Llamadas a la transformación



1.

Abrazar

la llamada



A vivir con sentido desde lo esencial

Hablar de Nicodemo es hacer memoria de un itinerario ejemplar de búsqueda de sentido de vida. Camino que debe transitarse desde la espesura de la noche, pero que, a partir del vínculo suscitado en el encuentro con Jesús, se abre a una nueva posibilidad: *nacer de nuevo, nacer de lo alto, nacer del agua y del Espíritu*. Imperativo que dinamiza todo e invita a adentrarse en un hondo proceso de experiencia de fe y seguimiento, de conversión y transformación que nos resitúa en la claridad de lo esencial.

A primera vista, la figura de este maestro de la ley nos remite a una vida que en su condición de fariseo ejemplar es intachable y, por lo tanto, parece que no requiere de cambio. Sin embargo, sorprende que este notable judío, más allá de una vida condicionada por su identidad farisaica, se moviliza a Jesús para ir dando cabida a la escucha de su verdad, a la inquietud de sus insatisfacciones, a la atención de sus heridas, a la hondura de sus anhelos, a la profundidad de su fe no resuelta. Ante esta realidad, Nicodemo es capaz de salir de noche para hacer frente a lo que le inquieta en profundidad (cf. Jn 3,1-2); es capaz de dar la cara a favor de Jesús, aun a riesgo de pasar por un ingenuo que se ha dejado embaucar (cf. Jn 7,50-51); es capaz de salir de su clandestinidad y traer una exorbitante cantidad de perfume para ungir el cuerpo de Jesús como derroche de amor, testimonio y compromiso (cf. Jn 19,39-40). Así, como discípulo e hijo de la luz, Nicodemo vive una experiencia humana integral, procesual, envolvente y totalizante. Itinerario existencial que desde una osada libertad le permite ensanchar y encarnar su seguimiento en el compromiso radical con la causa de Jesús.

Así, aunque le cuesta renunciar a su pasado, le horroriza empezar de nuevo, le acechan sus miedos y trae a costas sus resistencias acumuladas, Nicodemo tiene la valentía de desplazarse y arriesgarse en libertad para un encuentro y un vínculo posibilitador, sanador, restaurador, revitalizador y



salvador, porque lo que está en juego es la hondura, lo esencial y el sentido profundo de su vida.

Por ello, en este tiempo donde nos acechan los miedos, desencantos, desalientos y pérdidas de referente, la Vida Religiosa está invitada a:

- **Avivar la pasión por Jesús y el Reino para recrear nuestro entusiasmo vital y renacer a la esperanza**, recordando que la fecundidad nace de dentro, viene de la interioridad y no se da sin autenticidad. Esto implicará cultivar una relación personal, intensa y gozosa con el Dios de la Vida desde una profunda y sana espiritualidad, priorizando espacios y tiempos para el encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios, la celebración compartida y la oración contemplativa que nos permitan reconocer a Jesús vivo y actuante en la realidad.
- **Desplegar itinerarios de búsqueda de vida y sentido en nuestros procesos personales, comunitarios e institucionales**, ya que acoger y abrazar la llamada a renacer, implicará tejer al ritmo del Espíritu, los anhelos de cambio, de lo común, del encuentro y de lo inédito, más allá de la costumbre y lo conocido.
- **Revisitar nuestras fuentes carismáticas con ojos nuevos**, para que, en libertad, disponibilidad y encuentro auténtico con Dios, con las/os demás y con la creación, avancemos en la resignificación de nuestra identidad desde el contexto actual. Esto implicará despojarnos de pretensiones de poder o control y abrazar caminos nuevos desde los cuales el Espíritu nos moviliza a renacer carismáticamente.
- **Intensificar la presencia samaritana en los márgenes y las periferias existenciales y geográficas**. Esto implicará no replegarnos en nuestras seguridades, sino salir y dejarnos interpelar por el rostro sufriente de Cristo en los pobres y excluidos, abriéndonos al gozo del desborde de la generosidad.



2.

Abrazar **la llamada**



**A despertar de la noche
del acomodamiento y la desesperanza**

El encuentro de Nicodemo con Jesús se fragua en el anochecer... por lo que el buen fariseo debió surcar las penumbras y transitar las incomodidades de los claroscuros para dar con Jesús y aquella “buena nueva” que le permitiría re-nacer. Ni escapó de la noche ni se quedó adormentado en ella: la atravesó y, humildemente –¡Nicodemo también era maestro! –, se abrió a una hermenéutica dialógica que le señalaría nuevos horizontes de sentido. Y que, como todo lo nuevo, supondría otros desafíos.

Ante todo, tuvo que reconocer y nombrar aquellas situaciones, actitudes, opciones, seguridades que ya no ofrecían salvación. Luego, decidirse –seguramente “con temor y temblor”– a salir en búsqueda de un *novum* desconocido pero intuido. La invitación a “renacer” (cf. Jn 3,1ss) marca el ritmo de esa escena evangélica y nos evoca la exhortación a “salir”: ambas son una constante a lo largo de toda la historia de la salvación, desde la invitación hecha a Abraham: “sal de tu tierra” (Gn 12,1) hasta el “vayan rápido” (Mt 28,7) a las Mujeres del alba. El camino del discipulado evoca, convoca y provoca constantemente al movimiento: despertarse, ponerse en pie y salir. Salir, ante todo, de la concupiscencia de seguridad que nos domina: salir del propio mundo, de las propias síntesis, de los propios esquemas, de los odres viejos, de las propias soluciones prefabricadas, y ponerse en camino sin saber –quizá– muy bien hacia dónde. En efecto: la certeza de la fe no tiene nada que ver con la seguridad, porque ésta se apoya *en mí* (y en lo mío/nuestro), y aquella *en Otro*: “¡sé de quién me he fiado!” (2 Tim 1,12). El “acomodamiento” y la “desesperanza” tienen en común la actitud existencial opuesta: el inmovilismo, el dejarse estar, el ya no esperar ni apostar.



En este tiempo, pues, amenazado por el acomodamiento y la desesperanza, la Vida Religiosa está invitada a:

- **Protagonizar y habitar la noche:** recorrerla, sufrirla y gozarla, desde la convicción de fe que toda época –por negativa que pueda parecer– es un *kairós*, si sabemos descubrir en la des-gracia la posibilidad de gracia que se esconde. Todo eso, al menos, puede ser, para bien. También en la noche se puede aclarar quién es Jesús, quién soy yo y cuál es el sentido de la vida en general y de nuestra Vida Religiosa, en particular. Evitar, pues, la tentación de huir de la noche, corriendo (¿hacia dónde?).
- **Ejercitar la mirada contemplativa propia de una “mística de ojos abiertos”** (J.B. Metz) capaz de descubrir, evidenciar y potenciar los signos del Reino que emergen –en medio de nuestros pueblos y de nuestra Vida Religiosa– de manera silenciosa pero elocuente, entre tantas amenazas de muerte que a veces nos paralizan (disminución numérica, escasa relevancia social, cansancios, desilusiones, etc.). Hace falta asumir el desafío de una Vida Religiosa como “centinela de esperanza” que ayude a “ver el Reino” (Jn 3,3), siempre presente y siempre “discreto” (Ch. Duquoc), a materializar sueños y futuros posibles donde acontezca el Reino.
- **Recuperar la alegría de nuestra vocación como vida entregada**, obedeciendo a la *Ruah* divina que nos exhorta, alentadoramente: “¡Alégrense... no tengan miedo!” Estas suaves pero consoladoras palabras resuenan al comienzo (cf. Lc 1,28.30) y al final (cf. Mt 28,5.10) de la narración del acontecimiento que da sentido a nuestras vidas: Dios



tocando nuestra historia frágil en la carne de su Hijo. Y la misma voz se repite en cada una de nuestras biografías, en las historias de nuestras comunidades, en las vidas vividas de nuestros pueblos sufridos. Dios es. Dios está. Esto debería ser suficiente para espantar los fantasmas del miedo y la tristeza, y así poder pasar de la resistencia y la lamentación a la resiliencia y la respuesta creativa.

- **Desencadenar y/o intensificar procesos de formación permanente** (cursos, retiros espirituales, misiones, experiencias de itinerancia, etc.), para nosotros y para nuestros pueblos, que nos permitan cultivar, experimentar y expresar una esperanza realista, que vaya desde la “indignación ética” (P. Casaldáliga) ante tanto sufrimiento injusto hasta las apuestas y propuestas concretas en vista a una praxis transformadora. Urge, una y otra vez, como en el diálogo entre Nicodemo y Jesús, que vuelvan a emerger y afrontarse cuestiones fundamentales como: ¿qué esperamos nosotros?, ¿qué esperarán nuestras gentes?, ¿quién es, en concreto, nuestro Maestro?, ¿qué de su magisterio es innegociable y qué no? (cf. UR 11). Y re-cordar que nuestra vida se funda en una esperanza que “no defrauda” (Rm 5,5), desde que en la Pascua nuestro Dios se reveló más fuerte que la muerte (cf. 1 Co 15,54-55).



3.

Abrazar

la llamada



**A nacer de nuevo
desde la minoridad evangélica**

En la noche densa, el diálogo entre Nicodemo y Jesús dejó entrever un fulgor de luz que reclama ser discernido. “A la vida le basta el espacio de una grieta para renacer” (Ernesto Sábato). ¿Cómo nacer de nuevo? Precisamente allí, en lo que parece imposible, encuentran lugar la fragilidad y la pequeñez, para que en todo se revele la fuerza de lo alto a través de las palabras del Maestro que gestan la vida nueva.

Este “renacer” resulta forzosamente absurdo para nuestra mentalidad humana (Jn 3,4). No se fundamenta en las capacidades personales, sino que acontece por la fuerza creadora del Espíritu. Sólo cuando nos reconocemos como nacidas/os del Espíritu, se nos abre el acceso al Reino de Dios.

Por ello, entre el “no poder” y el “no saber” cómo nacer de nuevo, emerge un diálogo de búsqueda. Jesús invita a Nicodemo a abrazar la “minoridad”, un concepto profundamente espiritual y evangélico. La minoridad implica salir de nosotras/os mismos, de nuestros esquemas y puntos de vista; supone ir más allá de las estructuras —útiles cuando se usan con sabiduría y al servicio de la vida—, más allá de los hábitos, las certezas y los montes sagrados que nos dan seguridad. Solo así podremos testimoniar una cercanía concreta con los pobres, las/os necesitados y marginados, en una actitud auténtica de humilde comunión y servicio.

El icono del “nacer de nuevo” es una invitación a visitar hoy nuestras fuentes carismáticas y a resignificar la minoridad, no como carencia, sino como espacio de libertad, disponibilidad y encuentro genuino con Dios y con las/os demás. Esto implica por un lado despojarnos de pretensiones de poder o control, y abrazar la vulnerabilidad como vía de transformación y encuentro. Por el otro, creer en la fuerza de lo pequeño, reconociendo su potencial transformador, así como, la semilla que germina, la red que une, el sueño que inspira y la vida interior que sostiene.



En este tiempo, tenemos que creer que la minoridad numérica y el envejecimiento no constituyen obstáculos para el Reino, sino oportunidades para vivir la fe de un modo nuevo. Por ello, la Vida Religiosa está invitada a:

- **Valorar la riqueza de la diversidad generacional**, promoviendo el diálogo entre jóvenes y mayores para discernir juntas/os nuevas presencias, servicios y modos de relación, atentos a los signos del Reino que se revelan en los acontecimientos, en los clamores del mundo y en las voces de quienes sufren.
- **Ser portadoras/es del profetismo de la minoridad**, optando por lo pequeño, lo oculto y lo aparentemente frágil como espacio fecundo desde donde puede emerger lo inesperado, lo nuevo, lo que desborda toda previsión y solo es posible en Dios.
- **Pasar de una fe meramente ritual o devocional a una fe existencial y comprometida**, capaz de adorar en Espíritu y Verdad. Una fe que cultive una sensibilidad mística y forje la hondura espiritual que necesitamos para reconocer la creatividad inagotable de Dios.
- **Vivir según el Espíritu, dejándonos transformar por sus corrientes creadoras y recreadoras**, para aportar nuestra originalidad a la construcción de la justicia y la verdad en la vida del Continente. Solo al salir de la clausura de nuestros propios intereses podremos abrir espacio para los demás, para los pobres y para la voz de Dios (cf. EG 2).
- **Fortalecer la dimensión comunitaria de nuestra vocación**, asumiendo la minoridad como camino de humildad y servicio mutuo, para tejer vínculos soro-fraternos que generen pertenencia, restauren la confianza, sanen heridas y anuncien al mundo que es posible convivir en la diferencia, compartir desde la gratuidad y caminar juntas/os en sinodalidad.



4.

Abrazar **la llamada**



A reconocer las “señales” del Maestro

A partir del itinerario de Nicodemo en el Evangelio de Juan (3,1-21; 7,50-52; 19,39), podemos identificar señales de Jesús como Maestro que acoge, provoca y transforma. Estas señales, reveladoras de su identidad y misión, iluminan también el camino de la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe, llamada a implicarse en la vida de Jesús y a dejarse implicar por Él en esta hora histórica de la humanidad y de la Iglesia.

Por lo tanto, en medio de este tiempo que desdibuja los horizontes de vida y con miopías para abrazar las señales que nos movilicen a renacer, la Vida Religiosa está invitada a:

- **Acoger y revelar la presencia del Maestro en la noche:** Nicodemo llega de noche, símbolo de búsqueda, de insatisfacción, temor y crisis existencial. Jesús lo acoge con paciencia y lo interpela a nacer de nuevo desde el Espíritu (Jn 3,3). No impone, sino que revela con ternura: “Tanto amó Dios al mundo...” (Jn 3,16). La Vida Religiosa, también en medio de noches culturales, estructurales y vocacionales, está llamada a dejarse interpelar y ver allí una oportunidad para renacer desde lo alto.
- **Discernir las señales del Maestro:** Jesús enseña desde el Espíritu, no desde la ley. Despierta en Nicodemo un proceso interior que lo lleva a cuestionar la injusticia (Jn 7,51) y a actuar con libertad, poniéndose proféticamente del lado de los descartados. Así, forma discípulas/os que piensan y deciden a la luz del Espíritu, con libertad y responsabilidad. Hoy, las señales del Maestro pueden parecer discretas o paradójicas: presencia en las periferias, consuelo en el dolor, fidelidad silenciosa, nuevas formas de consagración, comunión



intercongregacional. Son signos del Reino que exigen discernimiento audaz.

- **Dejarse transformar y abrir caminos:** En la sepultura de Jesús (Jn 19,39), Nicodemo actúa públicamente, con la valentía del discípulo que se juega todo por su Señor. Lleva mirra y áloe en abundancia: gesto de entrega sin reservas y desborde del amor. El Maestro ha tocado su vida. Así también, la Vida Religiosa está invitada a: pasar de estructuras caducas a nuevos modos de organización que den fluidez a la acción recreadora del Espíritu, releer el carisma a la luz de los clamores actuales, dejarse conducir por el Espíritu como viento libre (Jn 3,8); construir comunidades sinodales, samaritanas, pascuales y abiertas...
- **Nacer de nuevo:** Nicodemo pregunta: “¿Cómo puede nacer uno siendo viejo?” (Jn 3,4). Es también nuestra pregunta. Jesús responde con una promesa de amor y vida. El futuro de la Vida Religiosa no depende de estrategias, sino de la apertura al amor-pasión que todo lo renueva. Nacer de nuevo es confiar en el Espíritu que sopla incluso en la noche y disponerse a seguir reconociendo en Jesús al Maestro que transforma.



5.

Abrazar **la llamada**



A emprender el itinerario
del discipulado misionero en sinodalidad

Como Nicodemo, la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe está llamada a emprender el camino del discipulado misionero desde la escucha, la apertura y la humildad. El itinerario de este discípulo nocturno, que busca sentido en medio de la oscuridad, nos revela que el verdadero “nacer de nuevo” es un proceso dinámico, impulsado por el Espíritu, que nos invita a soltar seguridades, desaprender caminos agotados y dejarnos engendrar de nuevo en la lógica del Evangelio. Se trata de “nacer de lo alto”, es decir, dejarnos recrear por el Espíritu para vivir y anunciar el Reino con frescura, libertad y fidelidad creativa.

Este renacer nos exige disponernos a rehacer el camino del discipulado, no desde las certezas del poder, sino desde la minoridad y la intemperie, allí donde el Espíritu sopla con fuerza nueva. El seguimiento de Jesús nos abre a una Vida Religiosa que se configura en clave sinodal: una comunidad itinerante, dialogante, corresponsable y abierta al discernimiento comunitario.

En profunda comunión con el proceso eclesial del Sínodo de la Sinodalidad, la Vida Religiosa está llamada a ser levadura de relaciones renovadas, estructuras más participativas, estilos de liderazgo más horizontales y una misión compartida y contextualizada. La Vida Religiosa está invitada a:

- **Reconfigurar la formación y la vida comunitaria como procesos de discipulado sinodal**, que promuevan el discernimiento conjunto, el diálogo intergeneracional, la revisión de estilos de liderazgo y la vivencia gozosa de la fraternidad.



- **Participar activa y críticamente en la recepción del proceso sinodal de la Iglesia universal en nuestro Continente**, sumando nuestras intuiciones carismáticas para impulsar procesos eclesiales más inclusivos, horizontales y participativos, donde se escuche la voz del Espíritu que habla en todas y todos.
- **Innovar las narrativas teológicas**, que permitan caminar, articular, vincular la vida y las experiencias de los pueblos de América Latina y el Caribe.
- **Renovar nuestras estructuras y estilos misioneros desde la lógica del “nacer de nuevo”**: con apertura a nuevos modos de pertenencia, ministerialidades, lenguajes y formas de presencia que privilegien lo germinal, lo intercongregacional, lo intercultural y lo intergeneracional.
- **Promover comunidades en salida que prioricen el anuncio del Reino desde las periferias existenciales**, con prácticas pastorales que se dejen interpelar por el clamor de los pueblos, la defensa de la vida, la justicia, el cuidado de la Casa Común y el testimonio de una esperanza activa.



6.

Abrazar

la llamada

A deconstruir resistencias
y reconstruir con audacia

El diálogo de Nicodemo con Jesús está atravesado por la dialéctica de lo nuevo que se (des)encuentra con lo viejo. Aquel lo invita a re-nacer (cf. Jn 3,3) para entrar en la dinámica del Reino, y este cuestiona, dubitativo, cómo eso puede ser posible. El “Rabí” (Jn 3,1) propone, pero el “maestro de Israel” (Jn 3,10) reacciona, oscilante entre la apertura al *novum* y la inseguridad que ello le provoca. Dos magisterios, dos modos de entender la vida (religiosa) que entran en conflicto. Jesús valida su propuesta con “señales” de salvación (cf. Jn 3,1); Nicodemo continua con leyes y ritos que ya no liberan.

Conviene recordar que todo el camino del discipulado debería ser un proceso de maduración hacia una fe adulta. Como escribe el apóstol Pablo: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; más cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño” (1 Co 13,11). El problema es que, muchas veces, la Vida Religiosa sigue anclada a tradiciones, creencias y prácticas que infantilizan y paralizan nuestro acercamiento al Misterio del Dios revelado en Jesucristo.

Pero conviene notar que el planteamiento jesuánico resulta muy serio puesto que se trata –ni más ni menos– de re-nacer para poder “ver” y “entrar” al Reino (cf. Jn 3,3.5). O sea, está en juego aprehender y comprender el corazón de la Buena Nueva: que Dios ama tanto al mundo que envía a su Hijo para salvarlo (cf. Jn 3,16-17). Ayer, hoy y siempre... porque el Espíritu sigue soplando, suavemente, y nos ayuda a re-cordar esa praxis jesuánica. Y de todo eso debemos ser testigos creíbles.

Por eso, estamos llamadas/os a mirar con audacia y honestidad nuestras resistencias, a nombrarlas y, sostenidos por la fuerza de la *Ruah* divina, a deconstruirlas para poder reconstruir una Vida Religiosa significativa, más allá de todos los límites que estemos atravesando, más allá de nuestra “vejez” (cf. Jn 3,4). Esta llamada interpela la totalidad de



nuestra vida de fe, en sus tres dimensiones constitutivas e insustituibles (fe pensada -ortodoxia-; fe celebrada -ortoestética-; fe practicada -ortopraxis-), y nos moviliza a:

- **Revisar nuestros procesos formativos**, tanto a nivel inicial como permanente, para renovarnos en una teología y espiritualidad capaz de dialogar con los múltiples interlocutores de nuestras culturas, y así dar razón de nuestra esperanza en tiempos tan amenazados de des-esperanza: en primer lugar, a nosotras/os mismos y, luego, a la humanidad toda sedienta de sentido (cf. 1 Pe 3,15). Debemos ser capaces de alzar una voz profética, cordialmente sentida y críticamente fundamentada.
- **Desplegar con urgencia una imaginación osada para re-crear nuestras celebraciones litúrgicas, nuestro modo de rezar y de festejar** con el pueblo la alegría del Resucitado que sigue venciendo en tantas realidades crucificadas. No podemos quedarnos en prácticas y modos que ya nos resultan in-significantes a nosotras/os y a nuestra gente.
- **Ensayar audazmente, más allá de nuestros límites numéricos y etarios, nuevas experiencias de vida comunitaria** –intergeneracionales, intercongregacionales e internacionales–, en los lugares de frontera habitados por el dolor, pero des-habitados de presencias que acompañen y sostengan. No debemos hacer oídos sordos donde la (no)vida clama.
- **Traducir nuestra fe en palabras y en gestos** (cf. Dei Verbum 2), en mística y en profecía, “con un oído en el pueblo y otro en el Evangelio” (Mons. Enrique Angelelli, beato y mártir). Porque nuestra vida está consagrada totalmente a Dios y totalmente al pueblo, “sin confusión, pero sin separación”, ya que nuestra fe, es cuestión de cabeza, de corazón y de pies.



7.

Abrazar **la llamada**



**A cuidar y proteger la vida
desde el desborde y la sobreabundancia de amor**

El encuentro de Nicodemo con Jesús ilumina a la Vida Religiosa en América Latina y el Caribe, desde la lógica del desborde de amor sobreabundante. Los textos de Juan 3,1-21; 7,50-52 y 19,39 ofrecen fundamentos teológicos y espirituales para animar las dimensiones personal, comunitaria y social, así como modos relacionales pertinentes a las diversas realidades de la Vida Religiosa en el Cono Sur, el Caribe, los Andes y Mesoamérica.

La “noche” expresa tanto la crisis como la posibilidad de un nuevo amanecer. Nacer de nuevo exige una transformación integral. La Vida Religiosa está llamada a ser signo de esperanza, encarnación del amor de Dios y presencia activa del Reino en medio de las oscuridades de pueblos y congregaciones. El itinerario de Nicodemo —del temor a la valentía— es paradigma para la Vida Religiosa hoy: opción por los pobres (Jn 3), denuncia del descarte (Jn 7) y ternura con los crucificados (Jn 19). Su gesto final con el cuerpo de Jesús revela una Vida Religiosa audaz, tierna y decidida.

Los gestos y palabras del papa León XIV, al inicio de su pontificado, también reafirman este horizonte, al invitarnos a desarmar discursos, a reconocer al otro como hermana/o, a rechazar la explotación y seguir a Cristo dentro de comunidades en salida. Se nos confía la tarea personal de la conversión del corazón, del lenguaje y de la interioridad, de la tarea comunitaria de renovación en la autoridad, el diálogo y la sinodalidad y la misión social de ser voz profética con los pobres, la justicia, la creación y los pueblos crucificados de hoy. La Vida Religiosa está llamada a:

- **Abrazar la vida amenazada de los marginados y excluidos.** “Nacer de nuevo” (Jn 3,3) es imperativo para la



Vida Religiosa, movida a una conversión integral que reconfigure su identidad desde la compasión y la opción por los pobres. Como Nicodemo, está llamada a dejar seguridades y encontrarse con Jesús en los crucificados de hoy. Esto implica comunidades solidarias, hospitalarias e interculturales que vivan la opción preferencial por los empobrecidos como núcleo de su ser. Ver con los ojos de Dios exige hacerse cargo del dolor del mundo, actuando con ternura y decisión movidas por el amor sobreabundante de Dios Madre y Padre.

- **Cuidar la vida de la Casa Común.** “El viento sopla donde quiere...” (Jn 3,8). Así actúa el Espíritu, como fuerza de vida que sostiene la creación. La Vida Religiosa, nacida del Espíritu, está llamada a una ecología integral, vivida desde una espiritualidad cósmica que reconozca la comunión con la tierra y sus habitantes. Esto implica estilos de vida coherentes, comunidades sostenibles y compromiso con la defensa ambiental. En diálogo con los saberes ancestrales, urge una conversión ecológica y estructural. La Vida Religiosa se hace signo de armonía con la creación, cuidando la Casa Común como don sagrado de Dios.
- **Humanizar la vida frente a la cultura del descarte.** Nicodemo (Jn 7,51) se convierte en defensor de Jesús en medio de estructuras injustas. La Vida Religiosa está llamada a ser voz profética ante toda forma de exclusión, promover la justicia, la fraternidad y el diálogo; superar el clericalismo; ejercer una autoridad sinodal y erradicar los discursos de odio. Inspirada por el amor de Cristo, debe resistir la indiferencia y promover una cultura del encuentro, reconociendo el valor de toda vida. La ternura



se convierte así en una forma concreta de resistencia evangélica.

- **Honar la vida de los pueblos y su diversidad cultural.** El gesto final de Nicodemo (Jn 19,39) con el cuerpo de Jesús inspira a la Vida Religiosa a cuidar hoy los cuerpos crucificados de los pueblos originarios, afroamericanos y de tantos proyectos de vida invisibilizados. Esto implica abandonar lógicas coloniales y abrirse al diálogo intercultural y a la sabiduría ancestral. Se trata de defender territorios y derechos, sanar memorias heridas y acompañar procesos de resistencia y resiliencia. La Vida Religiosa debe tejer relaciones respetuosas y participar en redes que promuevan la justicia. Cuidar la vida aquí es reconocer el rostro de Dios en estas culturas, caminando con ellas desde un amor que repara y restituye.



Proyección

actuar, dejar fluir



Profundización y socialización de la reflexión teológica pastoral e interdisciplinar en torno al Icono del Encuentro de Nicodemo con Jesús y del lema: **¡Nacer de nuevo! encuentro de Nicodemo con Jesús: llamadas a la transformación.**

- Aportes del Equipo de teólogas/os asesores de la presidencia (ETAP) y las Comisiones.
- Acompañamiento y fortalecimiento de los Equipos de Reflexión Teológica de las Conferencias Nacionales.
- Animación desde la centralidad de la Palabra y la Espiritualidad Bíblica, por medio de retiros y recursos orantes, para nacer de nuevo.
- Difusión de la Revista CLAR (acceso libre *on line*) y otras Publicaciones.
- Animación desde el Portal institucional y de las redes sociales.

Seminarios y Diplomados Regionales y Nacionales -presenciales y on line- de las Comisiones CLAR:

- Religiosas/os contra la Trata de Personas
- Personas Migrantes, Refugiadas y Desplazadas
- Ecología Integral
- Red Itinerante Amazónica
- Vida Religiosa Indígena
- Vida Religiosa Afro
- Hacia una Vida Religiosa en clave sinodal
- Religiosos Hermanos
- Nuevas Generaciones de la Vida Religiosa
- Familias Carismáticas



- Cuidado y Protección de niñas, niños, adolescentes y personas vulnerables
- Cultura Vocacional
- Comunicación y cultura digital
- Cuidado de la Tercera Edad - Plenitud

Animación de la Presidencia, ETAP y Secretariado

- Socialización del Horizonte Inspirador 2025-2028.
- Evaluación y seguimiento del Horizonte Inspirador y los nuevos desafíos emergentes: reuniones de Presidencia-ETAP.
- Acompañamiento a las Conferencias Nacionales: Asamblea General, Juntas Directivas, Encuentros de Secretarías y Secretarios, participación en Asambleas Nacionales y formación de la Vida Religiosa.
- Articulación de las Conferencias Nacionales y las Regiones.
- Encuentro y articulación entre las Comisiones.
- Fortalecimiento y consolidación del trabajo en Redes Inter-eclesiales e Inter-institucionales, manteniendo un especial vínculo con la DIVC-SVA, CELAM, UISG, USG, CONFER, LCWR, CMSM, CRC, AHLMA, CIEC, AMERINDIA, REPAM, CEAMA y las Agencias de Ayuda Internacionales, entre otras.
- Acompañamiento en el uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación.
- Socialización de recursos humanos y propuestas de formación.
- Animación y seguimiento de los Proyectos Institucionales.





Himno *Renacer al Espíritu*

Letra y música: Hna. Cecilia Rivero Borell, RSCJ.

Más allá del miedo, recobrar confianzas
y salir de noche, salir
Más allá del letargo, la tristeza y las dudas
despertar a la vida, despertar

Más allá de lo sabido, que ya es tan conocido
arriesgar con audacia, arriesgar
Más allá de lo incierto que diluye certezas
Caminar sin parar, caminar

*Es preciso una respuesta
Sin más túnica ni alforja
que la vida con pasión anunciar*

***Renaciendo de nuevo al Espíritu
escuchando su vida en plural
entreverada en el pueblo de Dios
revelada en la voz sinodal***



***Esa urgente llamada a la compasión
apertura y transformación
Renaciendo al amor radical de Jesús
peregrinos del Reino de Dios***

Más allá de lo seguro, que levanta mil muros
Reteniendo tanto al andar
Es soltar con alegría en el fluir cada día
En el gozo de ofrecer y entregar

Más allá de las fronteras, la vida amenazada
Nos llama a proteger y cuidar,
el camino nos espera, esta Tierra nos anhela
en sencillez, verdad y humildad

*Es preciso una respuesta
Sin más túnica ni alforja
es dar la vida en generosidad*

Renaciendo de nuevo al Espíritu...

Mientras haya injusticias y perdure el sufrimiento
desvelando tanta indignidad
Ser profetas de la vida, será nuestra consigna
caminantes con sed de unidad.



ÍNDICE

Descripción del Icono	1
PRESENTACIÓN	2
CONTEXTO: VER - ESCUCHAR	5
En el claroscuro de nuestros pueblos	5
En el umbral de una nueva eclesialidad	8
La Vida Religiosa entre la noche y la aurora	11
MARCO BÍBLICO-TEOLÓGICO:	17
JUZGAR - DISCERNIR - SENTIPENSAR	
Jesús ilumina la noche de Nicodemo (Jn 3,1-21)	
LLAMADAS A LA TRANSFORMACIÓN	24
1. Abrazar la llamada a vivir con sentido desde lo esencial	25
2. Abrazar la llamada a despertar de la noche del acomodamiento y la desesperanza	28
3. Abrazar la llamada a nacer de nuevo desde la minoridad evangélica	32
4. Abrazar la llamada a reconocer las “señales” del Maestro	35
5. Abrazar la llamada a emprender el itinerario del discipulado misionero en sinodalidad	38
6. Abrazar la llamada a deconstruir resistencias y reconstruir con audacia	41
7. Abrazar la llamada a cuidar y proteger la vida desde el desborde y sobreabundancia de amor	44
PROYECCIÓN - ACTUAR, DEJAR FLUIR	48
Seminarios y Diplomados Regionales y Nacionales -presenciales y on line- de las COMISIONES CLAR	49
Animación de la Presidencia, ETAP y Secretariado	50
Himno: RENACER AL ESPÍRITU	51

Créditos

Dirección:

P. José Luis Loyola, MSpS

Hna. Inés Zambrano, MML

Hno. Luis Felipe González, FMS

Hna. Rosario Purilla, CM

P. John Londerry Batista, O. De M.

Hna. María Inés Castellaro, HVN

Edición: Equipo de Teólogas/os Asesores de la Presidencia - ETAP
Secretariado General de la CLAR

Diseño y diagramación: Martha Viviana Torres

Icono: Cristina Hereñú

© 2025

Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas/os



Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosas/os - CLAR

Calle 64 No 10 - 45 Piso 5to, Bogotá - Colombia

www.clar.org

clar@clar.org